

Censura y temporalidad en tiempos de semiocapitalismo. Una mirada sobre el rol de los medios en la construcción de la deliberación democrática

(Censorship and temporality in semiocapitalism times. A look at the role of media in building democratic deliberation)

Dante Augusto Palma

Profesor de Filosofía (UBA);

Doctor en Ciencia Política (UNSAM)

danteaugustopalma@yahoo.com.ar

Resumen

La relación entre capitalismo y democracia es parte de un debate teórico que cobró fuerza especialmente desde la segunda mitad del siglo XX y se profundizó tras la caída del Muro de Berlín en el contexto de las filosofías que auguraban el fin de la historia y establecían entre este modo de producción y este sistema político, una relación inescindible.

Ahora bien ¿cómo se inserta la lógica periodística en esta relación? La pregunta tiene sentido y vigencia porque desde sus orígenes, el periodismo ha sido uno de los estandartes principales de las democracias contribuyendo o, quizás, creando, esa opinión pública que funcionaría como contrapeso de la autonomía y discrecionalidad de los gobernantes. Sin embargo, claro está, el periodismo, los periodistas y la información, han sido redefinidos especialmente en las últimas décadas a partir de la reconfiguración del capital y en el marco de una globalización política, económica y comunicacional. Dicho esto, y adoptando como disparador el concepto de *censura democrática* (Ramonet, 1994; 2011) la hipótesis de este trabajo es que la lógica del periodismo actual acaba siendo funcional a las nuevas formas de capitalismo al mismo tiempo que atenta contra elementos básicos de la deliberación democrática.

Palabras clave

Capitalismo - democracia - temporalidad - censura democrática - semiocapitalismo.

Abstract

The relationship between capitalism and democracy is part of a theoretical debate that grew especially since the second half of the twentieth century and deepened after the fall of the Berlin Wall in the context of the philosophies that predicted the end of history and established between this mode of production and the political system, an inseparable relationship.

But, how journalistic logic is inserted in this relationship? The question makes sense because from his origins, journalism has been one of the main banners of democracy contribute or perhaps created, that public opinion would function as a counterbalance to the autonomy and discretion of the leaders. But, of course, journalism, journalists and information, have been redefined in recent decades, especially from the reconfiguration of the capital and in the frame of a political, economic and communication globalization. Saying this and departing from the concept of democratic censorship (Ramonet, 1994, 2011) the hypothesis of this paper is that the logic of journalism today just to be functional to new forms of capitalism at the same time that threatens the basic elements democratic deliberation.

Key words

Capitalism - democracy - temporality - democratic censorship - semiocapitalism

Introducción

La relación entre capitalismo y democracia es parte de un debate teórico que cobró fuerza especialmente desde la segunda mitad del siglo XX y se profundizó aún más a lo largo de las décadas de tensión en el marco de la Guerra Fría. Asimismo, tras la caída del

Muro de Berlín y en el contexto de las filosofías que auguraban el fin de la historia, hubo un nuevo impulso hacia elaboraciones que antes de problematizar los vasos comunicantes entre este modo de producción y este sistema político, establecieron entre ellos prácticamente una relación inescindible por la que se daba a entender que no podría existir democracia verdadera sin una economía de libre mercado y no podría haber capitalismo si no era en el marco de un régimen democrático. Sin embargo, no es de interés de este artículo hacer un rastreo histórico de la complejidad y el eclecticismo que suponen las llamadas democracias liberales en cuanto al modo en que sintetizan diversas tradiciones algunas de las cuales conviven en una tensión permanente. Dicho de otro modo, no se indagará en las líneas que constituyen esto que se denomina “democracia” (sistema que, por cierto, empezó a gozar de buena reputación recién a lo largo del siglo XX) y que incluye no sólo la tradición rousseauiana heredera de cierta visión comunitarista antigua, sino que es matizada con los principios liberales que suponen derechos individuales prepolíticos y un republicanismo encargado de desconcentrar el poder lo más posible.

Más bien de lo que se tratará es de indagar en el modo en que la lógica periodística se inserta en este debate. En otras palabras, desde sus orígenes, el periodismo ha sido uno de los estandartes principales de las repúblicas modernas contribuyendo o, quizás, creando, esa opinión pública que funcionaría como contrapeso de la autonomía y discrecionalidad de quienes estaban encumbrados en los poderes del Estado. Sin embargo, claro está, el periodismo, los periodistas y la información han sido redefinidos especialmente en las últimas décadas a partir de la reconfiguración del capital y en el marco de una globalización política, económica y comunicacional. Así, hoy en día, el periodista generalmente se encuentra enmarcado dentro de la lógica empresarial de una mega corporación con inversiones diversificadas y un control parcial o total de los medios de comunicación. Es en este marco que se considerará relevante utilizar como base el concepto de *censura democrática* (Ramonet, 1994: 2011) para indagar en los modos en que el periodismo tiene un rol central en esta discusión acerca de los vínculos entre democracia y capitalismo. En esta línea, este trabajo intentará mostrar que la relación entre democracia y capitalismo no es necesaria, y sugerirá, como hipótesis, que la lógica del periodismo actual se inserta en lo que se conoce como *semicapitalismo* (Berardi, 2007), imprimiendo un vértigo de

estímulos compatible con la lógica del capital pero reñido con una ampliación de los debates públicos y la participación ciudadana.

La censura democrática

En la introducción de este trabajo se indicaba que la idea de censura democrática podría ser un importante disparador para reflexionar acerca de la relación entre democracia y capitalismo. La censura democrática genera a simple vista la perplejidad de aquellas construcciones cercanas a un oxímoron pero resulta un concepto potente para caracterizar el modo en que en las sociedades actuales existen nuevas formas de invisibilización. Según Ignacio Ramonet, es una ingenuidad pensar que la única forma de censura es aquella que regímenes totalitarios, tanto de izquierda como de derecha, utilizaron con asiduidad. En otras palabras, la censura no se expresa necesariamente a través de un régimen de persecución, obturación de la información y recortes por parte de censores orwellianos sino que, en la actualidad, existen modos mucho más sutiles, aunque quizás, igualmente restrictivos, que generan un cerco en la información a la que puede acceder la opinión pública. Esta censura ya no se ejerce, entonces, desde el Estado a través de gobiernos de facto sino desde el llamado “cuarto poder”. Así, los medios dominantes con sus inagotables repetidoras generan la paradoja de una censura por sobreabundancia de información. Dicho de otra manera, la aparición de canales enteros dedicados a la información o la compulsión de las radios que consideran que cada 30 minutos es necesario repetir la misma noticia, bajo la apariencia de una inmensa cantidad de información, acaba obturando aquella otra información no acorde con sus intereses.

En palabras del propio Ramonet:

[...] [L]a censura no funciona hoy suprimiendo, amputando, prohibiendo, cortando. Funciona al contrario: funciona por demasía, por acumulación, por asfixia. ¿Cómo ocultan hoy la información? Por un gran aporte de ésta: la información se oculta porque hay demasiada para consumir y, por tanto, no se percibe la que falta. Una de las grandes diferencias entre el universo en el que vivimos y el que le precedió inmediatamente, hace apenas algunos decenios, es que la información fue durante

mucho tiempo, durante siglos, una materia extremadamente escasa. Tan escasa que precisamente se podía decir que quien tenía la información tenía el poder. Finalmente, el poder es el control de la información, es el control de la circulación de la comunicación” (Ramonet, 1994: 16).

Pero el lector atento notará que esta sobreabundancia de información no sólo se da en el espacio, sino, también en el tiempo. Dicho de otro modo, un multimedia puede poseer 300 licencias de manera tal que se transforma prácticamente en el dominador total del espacio informativo de un país. Pero paralelamente a esto, esta “colonización espacial” coadyuvó a un vertiginoso avance en la velocidad de la información. Se trata, entonces, de una lógica complementaria de totalidad y velocidad. La información que sobreabunda debe estar en todos lados, ser incesante y rápida. Por ello es que resulta central indagar en algunas categorías que permitan bosquejar la relación entre velocidad, constitución de la subjetividad y modos de ejercer la política.

Capitalismo a velocidad

En 1977, Paul Virilio publicó un texto complejo y denso llamado *Velocidad y política*. Bastante antes de la explosión masiva de Internet, de la cultura zapping posibilitada por la televisión por cable y de las corporaciones de multimedios, el autor ya teorizaba acerca de la importancia que había tenido el movimiento, la circulación y la velocidad en la historia de Occidente. A tal punto llega este énfasis que Virilio entiende que los procesos revolucionarios dados desde 1789 son explicables más por la contraposición estación/circulación que por la dicotomía ciudad/campo. Así es que habla de “dromocracia” en lugar de democracia, esto es, una suerte de “gobierno de los deambuladores”, de los que circulan, y afirma que la supremacía occidental se basa en la velocidad con que sus imperios se manejaron en la guerra. A esto podría agregarse, claro, la importancia que la velocidad tiene para los negocios, pues a diferencia de lo que podría suceder tiempo atrás, más que nunca, un buen negocio está vinculado al que llega primero antes que a la consistencia de un producto o a la posibilidad de realizar una proyección a largo plazo.

Pero la propuesta de Virilio es sólo el puntapié inicial para indagar en un proceso que ha sido determinante para comprender el movimiento del capital en la actualidad. Se trata

de aquello que Franco Berardi llamó “semiocapitalismo”. Pero ¿cuál es el significado que el filósofo italiano le da a este extraño acrónimo?

Se trata ni más ni menos que del tipo de mercancía que el capitalismo produce y que se caracteriza, justamente, por la velocidad: los signos.¹

Así, la contraposición es clara: si antes podía hablarse de un capitalismo encargado de la producción de objetos materiales en serie, esta nueva versión hace especial énfasis en los objetos inmateriales que en tanto tales son de rápida circulación. Pero aquí aparece una distinción clásica al interior del signo que es preciso mencionar. Así, podría decirse que todo signo tiene una suerte de doble aspecto: uno material, vinculado por ejemplo a una determinada grafía o a un fonema, llegado el caso, por ejemplo, el que corresponde a la palabra “mesa”; y un segundo relacionado con el significado, esto es, la pregunta acerca de qué significa “mesa”. Está claro que, en principio, cualquier ojo humano podría captar el aspecto “exterior”, material, del signo, pero no necesariamente su significado, como sucede cada vez que un individuo se enfrenta a una palabra de un idioma que no conoce.

La pregunta sería, entonces: ¿el semiocapitalismo se encarga de la circulación de los signos como totalidad, es decir, incluyendo tanto el aspecto material como su significado, o privilegia uno en detrimento del otro? Y la respuesta, según Berardi es clara: el semiocapitalismo se posa exclusivamente en el aspecto material del signo, aquel pasible de circulación rápida. El significado, en cambio, se presenta como un trasto cuyo esfuerzo temporal para su comprensión conspira contra la velocidad requerida para las nuevas mercancías. Para observar esto, tómese en cuenta la diagramación de los diarios en papel que cada vez se asemejan más al formato digital en el que prevalecen los títulos por sobre el contenido de las notas,² y realícese una autocrítica respecto al modo en que cada vez se lee con mayor premura todo.

El tiempo que constituye

¹ En palabras del propio Berardi: “El semiocapitalismo: régimen económico que se alimenta del trabajo mental de un número ilimitado de agentes precarios y fractales, fracciones de tiempo mental en electrocución constante, terminales vivientes de la senso-red que produce valor de cambio” (Berardi: 2007: 96)

² En este punto cobran particular importancia los editores, lo que lleva incluso a situaciones insólitas en las que, muchas veces, el título de la nota, elegido por el editor, contradice el contenido de la misma.

Como se puede observar en el desarrollo anterior, tanto de Virilio como del neomarxismo de Berardi, la problemática de la velocidad debe enmarcarse en una cuestión de carácter fuertemente filosófica: el tiempo.

Sería ingenuo pretender en esta extensión hacer una exposición exhaustiva de las interesantísimas reflexiones que se han dado acerca del tiempo y del problema de la temporalidad desde los orígenes del pensamiento occidental, de modo tal que conviene restringirse a algunos comentarios de un libro muy interesante de Paula Sibilia: *El hombre post orgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*.

Sibilia, seguidora de la escuela francesa de Gilles Deleuze y Michel Foucault, comparte con éstos, la que es, probablemente, su mayor obsesión: los modos de constitución de la subjetividad. Con tal fin, no casualmente, examina el modo en que ese objeto aparentemente insignificante y naturalizado, el reloj, ha sido determinante de las formas de vida del Hombre.

Sibilia afirma que de aquel origen vinculado a los monasterios y a la necesidad de regular determinadas actividades que tenían los monjes, el reloj se fue transformando paulatinamente en el organizador de la vida humana. Tal afirmación está lejos de ser novedosa pues para el mismísimo Karl Marx el tiempo era una variable esencial para explicar el capital y la plusvalía.³

Pero resulta necesario detenerse en aquellos pensadores que anteriormente fueron mencionados como referentes de Sibilia, pues tanto Foucault como Deleuze tienen bastante para decir sobre los puntos centrales que interesan destacar en este trabajo.

Si se toma, por ejemplo, la descripción de la sociedad disciplinaria foucaultiana, lo que aparece a simple vista es un fuerte énfasis en lo espacial. En otras palabras, para Foucault, ese tipo de sociedades propias del siglo XVIII y XIX pueden caracterizarse a partir

³ Sibilia relaciona bien este punto con esa célebre novela de 1907 escrita por Joseph Conrad: *El agente secreto*. Brevemente, se trata de la planificación de un atentado anarquista en el que se plantean pasajes muy interesantes como aquel en el que se discute cuál podría ser el atentado que simbólicamente atacara el “corazón del sistema”. Tras varias opciones se llega a la conclusión de que el atentado ideal sería aquel a perpetrarse en el “edificio de la ciencia” que está corporizado en el Observatorio de Greenwich. La novela, entonces, entiende que el tiempo es aquello que sostiene la cultura occidental al menos tal como la conocemos hoy en día.

de una serie de instituciones de encierro cuyo emblema es el célebre panóptico de Jeremy Bentham. Así, no sólo la cárcel, sino el hospital, la escuela, la fábrica, etc., son instituciones cuya principal característica es el encierro. Sin embargo este aspecto espacial está estrechamente vinculado a la temporalidad porque los encierros tienen no sólo el límite de una pared o una muralla sino también el cumplimiento de un horario (o de una pena en el caso de la cárcel). De hecho, no hace falta estar preso para entender el papel normalizador que juega el reloj: alcanza con ir a la escuela, trabajar o seguir un tratamiento médico.

Sin embargo, en ese pequeño pero revelador artículo “Posdata a las sociedades de control”, Deleuze entiende que el ciclo de las sociedades disciplinarias ha llegado a su fin y que se asiste a una nueva época de sociedades de control.

Desde este punto de vista, otra vez, es necesario comprender que el paso de una sociedad a otra implica una reformulación tanto del espacio como del tiempo. En cuanto al espacio, Deleuze muestra que las instituciones de encierro siguen existiendo pero que sus muros se han flexibilizado. Un preso puede cumplir una condena domiciliaria y estar monitoreado a través de la pulsera electrónica que obligatoriamente debe portar; un enfermo puede estar bajo el control de la medicina bastante más allá de las paredes del hospital. De hecho, la creciente medicalización de la vida ya llega hasta el embrión y la posibilidad de una manipulación genética. Del mismo modo que no hace falta ser un anciano para notar que todas las mañanas es preciso tomar 2 o 3 pastillas para diferentes problemáticas que pueden ir desde antidepresivos, medicación para enfermedades crónicas o yogures para el tránsito lento y “crecer fuerte”.

Por otra parte, el caso de la educación no está exento de los cambios pues si bien la institución como tal sigue vigente, la posibilidad que brindan las nuevas tecnologías permite que un niño a través de un programa incluido en la computadora personal pueda seguir aprendiendo o estudiando fuera de los muros de la institución escolar y sin la presencia del maestro. Algo similar sucede con la lógica mercantilizada de los estudios universitarios y la compulsión a los títulos de posgrados que por razones físicas acaban, en muchos casos, adoptando la modalidad de educación a distancia.

Por último, el ejemplo del trabajo resulta clave, pues como en los casos anteriores, la gran paradoja es que las nuevas sociedades de control se presentan, a priori, como

superadoras de esa asfixia disciplinaria y el examen más detenido puede generar algunas sorpresas. ¿Acaso no supone más libertad dejar de asistir a la fábrica o a la oficina y poder trabajar en casa sin la mirada del jefe?

Pareciera que sí pero no. Según Deleuze el capitalismo actual prescinde de fábricas que aglutinen cuerpos que cumplan su jornada laboral de ocho horas y se maneja más con trabajadores *free lance* o, al menos, no presenciales, que trabajan por objetivos. Esta lógica del cumplimiento del objetivo quiebra la conquista de la jornada laboral fija y las horas extras, pues quien debe cumplir una meta tiene que hacerlo a cualquier hora y lleve el tiempo que lleve. Esto supone que, aun desde su hogar, el empleado debe mantener una relación directa con su jefe a través de la computadora o el celular. Este cambio, con profundas consecuencias en lo que a constitución de subjetividad refiere, es expresado por Berardi del siguiente modo:

En la *net economy*, la flexibilidad evolucionó en forma de fractalización del trabajo. Fractalización significa fragmentación del tiempo de actividad. El trabajador no existe más como persona. Es solamente un productor intercambiable de microfragmentos de semiosis recombinante que entra en el flujo continuo de la red. El capital ya no paga la disponibilidad del trabajador a ser explotado durante un largo período de tiempo (...) Al trabajador (máquina que posee un cerebro que puede ser usado por fragmentos de tiempo) se le paga su prestación puntual, ocasional, temporánea. El tiempo de trabajo se fractaliza y celulariza. Las células de tiempo están en venta en la red y las empresas pueden comprar tantas como quieran, sin implicarse de ningún modo en la protección social del trabajador (Berardi, 2007: 67).

Esto muestra que en las sociedades de control se está atado siempre y, a diferencia de las instituciones de encierro en las que espacial y temporalmente el vínculo tenía un límite, en este nuevo tipo de sociedades el control se mantiene constante. De aquí que Berardi afirme que hoy día: “El tiempo no pertenece a los seres humanos concretos (y formalmente libres), sino al ciclo integrado del trabajo. Sólo los desertores escolares, los vagabundos, los fracasados, los ociosos desocupados pueden disponer libremente de su tiempo” (Berardi, 2007: 27).

Esto, por supuesto, viene de la mano de la flexibilización laboral, las dificultades de agremiación y la pérdida de todo tipo de protección hacia el trabajador: “El capital no recluta personas, sino que compra paquetes de tiempo, separados de su portador ocasional e intercambiable. El tiempo despersonalizado se vuelve verdadero agente del proceso de valorización, y el tiempo despersonalizado no tiene derechos, no puede reivindicar nada” (Berardi, 2007: 91).

Estas palabras de Berardi deben entenderse a la luz de esa interesante reflexión deleuziana acerca de la nueva subjetividad que supone la sociedad de control. Según el francés, el sujeto actual ha dejado de ser un individuo con una firma personal y un número de documento que lo identificaba, desde su nacimiento, con un Estado nacional. Lo que aparece ahora es un sujeto dividido, un “dividuo” con variados perfiles que corresponden a sus diversos intereses. Donde esto se puede ver con claridad es en Internet ya que allí el número de documento y la pertenencia a un Estado nacional resultan irrelevantes y el “individuo indiviso” como tal no existe sino que lo que hay son fragmentos desperdigados de intereses asociados a determinados servicios cuyo acceso requiere contraseñas y perfiles distintos. Así, podría decirse que lo que le da unidad al sujeto en la actualidad es que todas sus pretensiones de acceso provienen de una misma computadora.

Secuencialidad versus simultaneidad

Pero conviene regresar a Berardi y reflexionar sobre su idea de “generación⁴ postalfabética” porque a partir de ella es que se podrá ubicar a la noción ramonetiana de “censura democrática” dentro de la tensión entre capitalismo y democracia.

Según Berardi se asiste a nuevas generaciones cuyo proceso de subjetivación ha sido único en la historia de la humanidad. Hoy un niño aprende más palabras de la computadora que de sus padres y sus relaciones personales, aun cuando desde temprana edad tenga vínculos cara a cara con sus contemporáneos en la escuela, están profundamente atravesadas por las prótesis tecnológicas. Dicho esto, lo que parece caracterizar a estas generaciones post alfabéticas es el reemplazo de la secuencialidad por la simultaneidad.

⁴ Sin desestimar la categoría de clase social para explicar los conflictos que se dan al interior de toda sociedad, Berardi, rescata la idea de generación como un una variable novedosa capaz de dar cuenta de los procesos identificatorios en el marco de este capitalismo de la fragmentación postindustrial. “Con el concepto de generación hago referencia a un conjunto humano que comparte un ambiente de formación tecnológico y, en consecuencia, también un sistema cognitivo así como un mundo imaginario” (Berardi, 2007: 77).

Para comprender esto ni siquiera hace falta un trabajo etnográfico con adolescentes. Alcanza con reflexionar acerca de la vida diaria de los propios adultos que sin haber crecido estrictamente en un marco post alfabético se han acoplado a la velocidad de estos tiempos, o mantienen en sí mismos una tensión irresuelta entre las antiguas modalidades del día a día y las actuales.

En este sentido, no se precisa ser un fanático cibernauta para comprender cómo la velocidad y con ella, la ansiedad, se han transformado en un síntoma de los tiempos que corren. Ésta, a su vez, parece ser la respuesta que los cuerpos pueden dar a ese semiocapitalismo vertiginoso que llena de estímulos y que obliga a dejar de lado aquel ritmo de la secuencia de realización de una actividad por vez para pasar a una hiperactividad en la que constantemente se responde a una serie de presuntas necesidades que aparecen en simultáneo. Hoy es costumbre escuchar música, mientras se mira la televisión y se cena una comida calentada en microondas, al tiempo que se responden mails y se twittea que se está escuchando música, mirando televisión, cenando comida recalentada, respondiendo mails y twitteando.

Por cierto, tampoco es que ésta haya sido una intuición o un descubrimiento de Berardi sino que, como él mismo reconoce, ya había sido McLuhan en 1964 quien había anticipado este fenómeno:

Cuando a lo secuencial le sigue lo simultáneo, las capacidades de elaboración crítica son reemplazadas por capacidades de elaboración mitológica. La facultad crítica presupone una estructuración particular del mensaje: la secuencialidad de la escritura, la lentitud de la escritura, la posibilidad de juzgar en secuencias el carácter de verdad y falsedad de los enunciados. En esas condiciones era posible la discriminación crítica que caracterizó las formas culturales de la modernidad. Pero en la esfera de la comunicación videoelectrónica la crítica ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminar entre la verdad o falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante (Citado en Berardi, 2007: 78).

El imperio de la simultaneidad asociado al uso de las nuevas tecnologías, entonces, constituye nuevas formas de subjetividad y está íntimamente vinculado al crecimiento de patologías como el ADD o los ataques de pánico. Pero, por sobre todo, apunta a una disminución del sentido crítico y a los necesarios tiempos de cualquier reflexión. Llegado

este punto parece necesario retomar lo indicado en la introducción. En otras palabras, la idea de censura democrática, con su subyacente lógica de la sobreinformación constante y los estímulos simultáneos, no puede entenderse por fuera del proceso aquí descrito por el cual las sociedades disciplinarias han devenido sociedades de control y el capitalismo productivo, fuertemente afincado en la estabilidad de la propiedad privada, se ha transformado en un capitalismo financiero basado mucho más en el acceso y la circulación vertiginosa que en el acopio. Es en este contexto que se retomará la relación entre democracia y capitalismo para desde allí realizar algunas reflexiones acerca del modo en que la lógica mediática se inserta en los intersticios problemáticos de este vínculo.

Capitalismo y democracia

En la introducción de este trabajo se indicaba que especialmente a partir de 1989 uno de los debates centrales dentro del pensamiento político es si democracia y capitalismo se han transformado en una suerte de doble cara de la misma moneda que supone el progreso hacia la paz, al menos en Occidente.⁵ Sin embargo pensadores que podrían denominarse de “izquierda” han puesto en tela de juicio ese vínculo. En la reconstrucción que hace James Petras, por ejemplo:

La derecha argumenta que el capitalismo y la democracia están vinculados. El capitalismo genera una pluralidad de clases: clases populares, clases medias, clases dominantes. Y este pluralismo social genera un pluralismo político que es la base de la democracia: la competencia de clases sociales llega a la competencia política. Si no hay mercados no hay pluralismo. Si no hay pluralismo, no hay democracia. O a la inversa, si hay capitalismo, hay pluralismo y hay democracia.

La izquierda argumenta que capitalismo y democracia son incompatibles. Que el capitalismo siempre es la concentración del poder contra los esfuerzos por democratizar y abrir camino para la competencia electoral y para la participación del ciudadano en la política.

⁵ En esa línea podrían ubicarse pensadores liberales como Popper, (1962); Huntington, (1989); Fukuyama (1992); Sartori (1994). Asimismo cabe indicar que, obviamente, este punto de vista tuvo su contracara en la perspectiva de pensadores de izquierda democrática o de tradiciones de centro liberales no libertarias. Algunos de ellos serán desarrollados en el cuerpo del texto pero tampoco puede dejar de mencionarse los aportes de Bobbio (1986); Dahl (1989; 1990, 1999); Przeworski (1985); Pateman, (1970); Poulantzas, (1980), entre otros.

Y tercera, una versión de Norberto Bobbio y otros que podríamos llamar un poco “centristas”, dicen que capitalismo y democracia son compatibles cuando se respetan las reglas del juego que permiten la legitimidad y la alternancia política” (Petras, 1999: 1).

Como se ve, en la perspectiva que Petras llama “la derecha” y en el punto de vista del propio Bobbio, aparece una idea de democracia tamizada por principios liberales y republicanos pues la asociación entre democracia y pluralismo es una asociación “novedosa” hija del siglo XX.⁶

Pero lo más interesante es la idea de que la relación entre capitalismo y democracia no es esencial. Esto significa que la democracia capitalista es sólo una de las formas políticas de las que puede servirse el capital: “La democracia capitalista es *contingente* de la hegemonía capitalista y la solidez de la propiedad capitalista, esos son puntos básicos para entender la introducción de la democracia dentro del sistema capitalista”. (Petras, 1999: 2).⁷

Por su parte, otro pensador de izquierda, Atilio Borón (2000), señala lo que para él son cuatro contradicciones entre democracia y capitalismo.

La primera sería lo que él llama la contradicción entre una lógica ascendente y una descendente. Según el autor argentino, la democracia se caracteriza por poseer una lógica ascendente, es decir, se construye de abajo hacia arriba. En otras palabras, la legitimidad del poder político se da a través de diferentes metodologías que parten de la igualdad jurídica de los ciudadanos y buscan representar lo más fielmente la voz del pueblo. Ahora bien, si se examina la lógica del capital y el mercado, se está frente a un movimiento

⁶ Si se toma a Jean Jacques Rousseau (1762), por ejemplo, la idea de contrato social rescata el espíritu asambleario en el que sobresale que la mayoría es la que decide y la minoría simplemente está equivocada. En esta misma línea, Carl Schmitt (1926) cuando critica el liberalismo parlamentario de Weimar, indica que lo propio de la democracia no es la pluralidad sino la homogeneidad que no da lugar a lo distinto.

⁷ Sin hablar en términos de contingencia pero mostrando que la relación entre democracia y capital no es esencial, un pensador que no puede ser definido como de izquierda, George Soros, (1999) ha manifestado: “está muy extendida la suposición de que la democracia y el capitalismo van de la mano. Lo cierto es que la relación es mucho más compleja. El capitalismo necesita a la democracia como contrapeso porque el sistema capitalista por sí solo no muestra tendencia alguna al equilibrio. Los combates del capital intentan maximizar sus beneficios. Si se les dejase a su libre arbitrio, continuarían acumulando capital hasta que la situación quedase desequilibrada [...] El fundamentalismo del mercado pretende abolir la toma de decisiones colectivas e imponer la supremacía de los valores del mercado sobre los valores políticos y sociales [...] Lo que necesitamos es un equilibrio correcto entre la política y los mercados, entre la elaboración de las reglas y el acatamiento de las mismas”.

exactamente inverso pues se trata de una construcción de arriba hacia abajo: un grupo selecto que ocupa la cúspide impone las condiciones a las clases populares sin depender del consentimiento de las mismas.

La segunda contradicción que Borón encuentra es la de la participación y la exclusión. La democracia es el sistema inclusivo por antonomasia más allá de que recién bien entrado el siglo XX se haya llegado a una plenitud de participación que no excluya ni mujeres, ni razas ni analfabetos ni trabajadores. Muy por el contrario, el capital y el mercado se manejan más bien dentro de una lógica de la exclusión, de la supervivencia del más apto y de la segmentarización. De aquí que un buen gerente de marketing hará bien su trabajo no tanto por incluir a todos (algo imposible, por cierto) sino más bien por tener la capacidad quirúrgica de captar el potencial consumidor.

En tercer término, una contradicción inherente a la relación entre capital y democracia es la que se da entre “justicia y ganancia” aunque quizás, para ganar en precisión, habría que hablar de “igualdad y diferencia”

La democracia, por definición, supone igualdad de los ciudadanos ante la ley (*Isonomía*) e igualdad en el uso de la palabra en la asamblea (*Isegoría*); el capitalismo, a través de la lógica del mercado intenta, más bien, justificar la desigualdad. Se trata de crear unas aparentes condiciones justas en las que todos comenzarían desde el mismo punto de partida para desde allí, librados al natural y armónico funcionamiento del mercado, legitimar que unos pocos tengan mucho y unos muchos tengan poco.

Por último, la cuarta contradicción quizás la, finalmente, englobadora, es la que Borón expresa en términos de pregunta, esto es: “¿de la polis a los mercados o de los mercados a la polis?”. Se entiende de aquí que al menos en las sociedades contemporáneas constituidas a partir de algún tipo de Estado de bienestar desde la mitad del siglo XX hasta ahora, muestran que la presión del *demos* puede determinar la lógica del mercado. En otras palabras, podría decirse que los derechos sociales y económicos son la consecuencia de la presión democrática sobre los mercados. Sin embargo, el neoliberalismo estadofóbico expresado en el Consenso de Washington supone la revancha de la lógica de los mercados contra la intervención democrática que había logrado leyes importantes a través de sus representantes en los cuerpos ejecutivos y legislativos.

Como se puede observar, si no se acuerda con la tesis de máxima, a saber, que capitalismo y democracia son incompatibles, al menos debiera aceptarse que su relación no es necesaria sino, más bien, contingente. Prueba de ello ha sido el modo en que, por ejemplo, en Latinoamérica, el modelo liberal capitalista se sostuvo desde regímenes dictatoriales.

Dicho esto, se considera necesario retomar la idea de censura democrática bajo la hipótesis de que ésta puede resultar central para indagar en el modo en que los medios de comunicación intervienen en esta, como mínimo contingente, relación entre democracia y capitalismo. Especialmente porque lo que debe seguirse de los desarrollos anteriores es que finalmente la tensión entre una y otra puede expresarse en los términos clásicos del ámbito de lo público versus el ámbito de lo privado.

En otras palabras, ¿no se asiste, especialmente en los grandes centros del mundo occidental, a la profundización de un ideal que tiende cada vez más a una reducción de lo público en detrimento del interés privado? Si bien carente de matices la contraposición entre un ámbito y otro está presente desde los griegos pero la actualidad parece haber exacerbado esa primacía del interés individual y económico por sobre el campo público y político, en un movimiento característico de la modernidad tal como lo diría el propio Hegel.

La novedad, en todo caso, es que esta exacerbación se está dando en el marco de un retiro del Estado Nacional y en un formato que podría denominarse “paradoja occidental de la democracia”, no sólo aplicado a Oriente Medio donde la imposición de la democracia permite la toma del poder por parte de grupos fundamentalistas y antidemocráticos, sino también aplicado a Occidente donde las elecciones libres están llevando al poder a tecnócratas que responden a intereses del capital transnacional. Esto no se da de forma aislada sino como parte de un proceso paulatino de achicamiento de lo público, algo inescindible de la lógica de la simultaneidad y velocidad que se desarrolló anteriormente. Así, la continua estimulación, el poder que se ejerce constantemente en esta mutación de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control indisolublemente ligado a la explosión de las nuevas tecnologías como prótesis constitutivas de la cotidianeidad, naturalmente confina al Hombre y lo obliga a dedicar su máxima atención a los asuntos privados en detrimento de los públicos. Y se debe insistir con esto: se trata de un proceso que lleva siglos y que, por

citar un ejemplo, ya había sido observado por Benjamin Constant (1819) cuando afirmaba que la libertad de los modernos se caracterizaba por ser esa forma de libertad individual que requiere que nada se entrometa en su camino y que toma la forma de sistemas representativos, es decir, la delegación de los asuntos públicos, por falta de interés y tiempo, en un grupo selecto de personas.

Esta forma moderna de la libertad se contrapone al modo clásico que tenía un fuerte énfasis en la participación colectiva a través de asambleas ciudadanas y que tan bien caracterizó a la democracia ateniense de Pericles. La referencia al siglo de oro ateniense, más allá de la consabida limitación que suponía que no podían participar de los asuntos públicos los esclavos o las mujeres, resulta relevante porque muestra el modo en que la democracia necesitaba de un cierto umbral de instrucción e información. No casualmente, fue la época del florecimiento de los sofistas, estos maestros que no sólo enseñaban los artilugios retóricos para convencer a un auditorio, sino que también formaban en aspectos vinculados a diferentes disciplinas y conocimientos generales. Justamente sobre este punto se indagará en este último apartado.

Los tiempos de la democracia

Generalmente, con buen tino, en los debates públicos se habla de que “los tiempos de la justicia” no son los de los medios de comunicación ni los de la gente, pero se hace poco hincapié en los tiempos de la democracia. Ahora bien, cuando se habla aquí de “tiempos de la democracia” no se hará referencia a los tiempos institucionales de los representantes del pueblo sino a un punto de vista más general, quizás más abstracto también, acerca del ejercicio deliberativo que implica el sistema en el que el pueblo es el que gobierna. Al fin de cuenta, los pasos institucionales que asiduamente se observan en las democracias modernas no son otra cosa que la institucionalización de un procedimiento que en la antigüedad podría ser más precario pero que tenía el mismo espíritu: que el pueblo se tome su tiempo para legislar y alcanzar su autonomía, esto es, darse su propia ley.

Para referirse brevemente a los orígenes de la democracia, caben algunas referencias de lo que fue el siglo V en Atenas, con el liderazgo de Pericles. Según Jean-Pierre Vernant (1962) lo que caracterizaba a Atenas no era simplemente su condición de polis sino más bien el uso de la palabra. Dicho de otro modo, la Atenas del siglo de oro, no sólo incluyó

una buena cantidad de nuevos ciudadanos⁸ sino que sobre todo entendió que no sería posible el ejercicio democrático sin la centralidad de la palabra. Ahora bien, palabra ya había en Atenas desde hacía bastante tiempo, de aquí que la pregunta sea ¿qué fue lo que cambió?

Y aquí aparece un rasgo muy interesante pues claro que la palabra ya existía pero ésta aparecía vinculada a los términos rituales y su decir verdad estaba relacionado con la forma *ad hominem*, es decir, importaba más “quién” decía que el “qué” decía.

Con la democracia, en cambio, la palabra se hace pública, y la verdad es aquella construcción a la que se arriba a partir de la discusión y la argumentación. De aquí que Vernant indique que los tres rasgos esenciales de la democracia ateniense sean la ya mencionada “igualdad de los ciudadanos”, el deber de hacer públicas las decisiones y el uso abierto de la palabra.

“Todas las cuestiones de interés general que el soberano tenía por función reglamentar [...] están ahora sometidas al arte oratorio y deberán zanjarse al término de un debate; es preciso, pues, que se las pueda formular en discursos, plasmarlas en demostraciones antitéticas y argumentaciones opuestas. Entre la política y el logos hay, así, una realización estrecha, una trabazón recíproca. Históricamente son la retórica y la sofística las que, mediante el análisis que llevan a cabo de las formas del discurso como instrumento de victoria en las luchas de la asamblea y del tribunal, abren el camino a las investigaciones de Aristóteles y definen, al lado de una técnica de la persuasión, las reglas de la demostración; sientan una lógica de lo verdadero, propia del saber teórico, frente a la lógica de lo verosímil o de lo probable, que preside los azarosos debates de la práctica” (Vernant, 1962: 62).

Si la palabra está ligada a lo público y, por lo tanto, a la política, aquí comienzan a entrelazarse algunos elementos que serán centrales para la hipótesis de este trabajo. Especialmente, claro está, esta palabra entendida como discurso siempre capaz de ser puesto en cuestión y que, en tanto tal, tiene que utilizar recursos oratorios con el fin de persuadir.

⁸ Según Ehrenberg, en este momento de gran esplendor, alrededor de 1/6 de la población ateniense gozaba de los derechos de una ciudadanía plena. De este modo, si bien hay poca exactitud se supone que hacia el 432 AC existían entre 35000 y 40000 ciudadanos que contando su familia llegaban a entre 110000 y 180000 individuos; entre 10000 y 15000 metecos que con sus familias llegaban a un número que oscilaba entre los 25000 y 40000, y alrededor de unos 100000 esclavos. Ver Eggers Lan (1997)

Dicho esto la pregunta sería: ¿cómo es posible ejercer la deliberación democrática sin tiempo o atendiendo simultáneamente a una incesante catarata de estímulos? ¿Qué espacio reflexivo, qué posibilidad de sopesar de razones le queda a un hombre completamente empujado al ámbito de lo privado por un estilo de vida en el que la buena vida está vista como el incesante goce privado ajeno a la participación pública?

Siguiendo con este razonamiento: ¿qué contribución a la democracia realizan hoy los medios? ¿Se encargan de darle a la ciudadanía toda la información posible aun cuando ésta incomode al poder, o saturan con información repetida adecuada a sus propios intereses? En este sentido, un ciudadano asiduo consumidor de medios ¿está más o menos informado? ¿Tiene más o menos herramientas para afrontar decisiones y tomar partido por una u otra posición en los debates públicos?

Este conjunto de preguntas que, a la luz de lo desarrollado, se transforman en retóricas, desnuda un punto interesantísimo porque no sólo los medios promueven a través de distintos discursos del miedo un achicamiento del ágora sino que incluso intentan disputar ese espacio de representación política poniéndose a la par de la dirigencia partidaria.⁹ En este sentido no es casual que muchos comunicadores intenten hacer equivaler la decisión de votar en un cuarto oscuro, algo que a priori debe ser el resultado de una reflexión calma capaz de tomar en cuenta diversas alternativas y modelos de país, con la trivial y compulsiva elección, a partir de un control remoto, del programa de TV elegido que rápidamente desaparecerá de las retinas víctima del *zapping*.

Por todo esto, retomando algunas de las preguntas antes indicadas y vinculándolas con los elementos que aparecían al principio de este trabajo, el interrogante podría plantearse así: dado que se pudo observar que no necesariamente la democracia y el capitalismo van de la mano, ¿la lógica del periodismo actual contribuye a la democracia, al capitalismo o a ambos?

Y es allí donde se debe retomar lo desarrollado aquí para mostrar que la lógica de la sobreabundancia de la información, del estímulo constante y asfixiante no realiza un aporte a la democracia sino que, más bien, retira al sujeto del ámbito público, reduce el ágora y paraliza. Entonces, este efecto de simultaneidad abusiva que deriva en la censura

⁹ Sobre este punto ver “La segunda crisis de representatividad” y “La blanca república de los periodistas”, artículos incluidos en el libro de Dante Palma, *El Adversario*.

democrática es perfectamente funcional a la lógica de lo que aquí se llamó semiocapitalismo pues ya no hacen falta instituciones de encierro sino que el control y el aislamiento se produce “a domicilio”, y ese tiempo de conexión que no cesa es el tiempo que impide la salida al ámbito de lo público.

Dicho esto, desde estas líneas se considera que la idea de “censura democrática” como una de las paradojas de las sociedades liberales y republicanas, debe enmarcarse en el contexto de las grandes transformaciones del capital y en el modo en que los medios se han transformado en eslabones centrales de corporaciones económicas transnacionales. Esta censura por sobreabundancia responde, entonces, a la nueva lógica del capital y es la consecuencia natural de una aceleración que lleva al límite las posibilidades del Hombre. Lejos de aquel origen que, sin caer en torpes romanticismos, ubicaba a los periodistas y a los medios como elementos centrales para la democracia en tanto canales a través de los cuales se daban a publicidad los actos de los gobiernos y se amplificaban los requerimientos de la sociedad civil, la actualidad muestra que la asfixia informativa y la velocidad del consumo de signos materiales, son aspectos de un sistema que estimula hasta el límite la capacidad de sobreadaptación de lo humano y se encuentra lejos de contribuir a la constitución de una ciudadanía participativa y crítica.

Bibliografía

BERARDI, Franco, *Generación post alfa: patologías e imaginarios en el semio capitalismo*, Tinta limón, Buenos Aires, 2007.

BOBBIO, Norberto, *El futuro de la democracia*. FCE, Bogotá, 1986.

BORÓN, Atilio, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra capitalismo de fin de siglo*. FCE, Buenos Aires, 2000.

CONSTANT, Benjamin, “De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos”, 1819 (edición en español, Madrid, Centro de Estudios constitucionales, 1989). Versión digital: <http://www.der.uva.es/constitucional/materiales/libros/Constant.pdf>

CONRAD, Joseph, *The secret agent*, 1907 (edición en español, *El Agente secreto*. Leviatán, Buenos Aires, 1997).

COUTROT, Thomas, “Capitalisme contre démocratie”, *Revue du MAUSS permanente*, 13/3/2010. Disponible en <http://www.journaldumauss.net/spip.php?article663>

DAHL, Robert, *Democracy and its critics*. Yale University Press, New Haven, 1989.

-----, *Prefacio a la democracia*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1990.

-----, *Una guía para los ciudadanos*. Taurus, Madrid, 1999.

DELEUZE, Gilles, “Post-scriptum sur les sociétés de controle”, 1990 (edición en español: “Posdata sobre las sociedades de control”, en FERRER, Christian (comp.) *El lenguaje libertario*. Terramar, Buenos Aires, 2005).

EGGERS LAN, Conrado, (1997), “Introducción a Critón”, en Platón, *Critón*. Buenos Aires, Eudeba, pp. 26-66.

FOUCAULT, Michel, *Surveiller et punir*, 1975 (edición en español: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002).

FUKUYAMA, Francis, *The end of history and the last man*. The Free Press, New York, 1992

HUNTINGTON, Samuel. “El sobrio significado de la democracia”, *Revista de Estudios Públicos* N°33, Santiago de Chile, 1989.

MCLUHAN, Marshall, *Understanding Media*, 1964 (edición en español: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Paidós, Buenos Aires, 1996).

PALMA, Dante, *El Adversario. Periodistas y política en la era kirchnerista*. Biblos, Buenos Aires, 2012.

PATEMAN, Carole, *Participation and democratic theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

PETRAS, James, “Democracia y capitalismo. ¿Transición democrática o neoautoritarismo?” (Conferencia dictada en FFyL de la UBA el 17/9/1999. Disponible en www.herramienta.com.ar)

POPPER, Karl, *The open society and its enemies*, Princeton University Press, Princeton, 1962.

POULANTZAS, Nicos, *Estado, poder, socialismo*. Ed. Verso, Londres, 1980.

PRZEWORSKI, Adam, *Capitalism and social democracy*. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

RAMONET, Ignacio, *L'Explosion du journalism*, 2011 (edición en español: *La explosión del periodismo*. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011).

-----, *La Tyrannic de la Communication*, 1994 (edición en español, *La tiranía de la comunicación*. Debate, España, 2003).

ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Du contrat social ou principes du droit politique*, 1762, (edición en español *El contrato social o principios de derecho político*. Losada, Buenos Aires, 2003).

SADER, Emir, y GENTILI, Pablo, (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires, Ofic. de publicaciones del CBC, 1997.

SARTORI, Giovanni, *¿Qué es la democracia?* Altamir ediciones, Bogotá, 1994

SCHMITT, Carl, *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, 1926 (edición en español *Sobre el parlamentarismo*. Madrid, Tecnos, 1990).

SCHUMPETER, Joseph, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Harper, New York, 1947.

SIBILIA, Paula, *El hombre post orgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales* (segunda edición). FCE, Buenos Aires, 2009.

SOROS, George, *The crisis of global capitalism*, 1999 (edición en español: *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*. Plaza and Janes, México (1999).

VERNANT, Jean-Pierre, *Les origines de la pensée grecque*, 1962 (edición en español *Los orígenes del pensamiento griego*. Paidós, Buenos Aires, 2004.

VIRILIO, Paul, *Vitesse et politique*, 1977 (edición en español: *Velocidad y política*. La Marca, Buenos Aires, 2006).

